



Por  
si acaso



Ángel  
Gabilondo

Máximas y mínimas

Ángel Gabilondo

Por si acaso  
Máximas y mínimas

## En pocas palabras

En ocasiones parece necesario decir en pocas palabras. Tal vez incluso son suficientes unos cuantos sonidos, apenas una frase. Y es cuestión de responder, de replicar, brevemente, como si todo se inscribiera en una gran conversación de múltiples sujetos, sin apropiación alguna. Ya se ha complicado no solo ser original, sino incluso ser trivial. Es cosa de continuar en esta proliferación que busca expresarse. Triñar y gorjear están de actualidad, aunque acostumbramos a citarlo en otro idioma. Y lo están para enviar mensajes con un número reducido de caracteres. Son una ocasión para hablar y la voluntad de tratar de hacerlo. Entonces, aunque no deja de acuciar la soledad, el temblor y los quiebros de una garganta son pálpito de comunicación.

Sin embargo, la incertidumbre es tal que no disminuyen los ámbitos de deliberación, ni la necesidad de decidir, si bien no siempre sepamos qué hacer con estos textos que prácticamente irrumpen, hacen y se van. Cuantos en esta ocasión se presentan reclaman nuestra intervención. Tal vez se trate sencillamente de ejercicios, de algo que hay que efectuar. Y, en el mejor de los casos, no se encuentren exentos de pensamiento, aunque tampoco se limiten a ser una reflexión. Quizás sea mucho pretender, pero precisamente en eso consiste decir. En última instancia, en toda frase se alumbra cuanto pudiera llegar a pensarse a partir de su impulsión. Es necesario que su propio quehacer nos invite, nos convoque y nos procure otra posibilidad de ver, de mirar, de vivir.

Pero no solo requerimos decir. También, que nos digan. En cierto sentido, escuchar forma parte del pensar. Es cosa de agudizar el oído y el corazón. Los aforismos lo procuran. Ya Nietzsche avisa que son como un baño de agua fría, y se ha de entrar y salir con alguna celeridad. No siempre es fácil ni lo uno ni lo otro. Y menos aún concebirlos. O demorarse en sus efectos. Son de tal importancia y alcance que en rigor, por su carácter, están reservados para quien sea

capaz de escribirlos. Y hemos de reconocer nuestras limitaciones. Conviene cuidarse de no llamar aforismo a cada frase que decimos. Lo que aquí se ofrece, si en alguna ocasión roza el serlo o aparenta pretenderlo, casi exigiría, por pretencioso, una petición de disculpa. A lo sumo, son máximas, pero incluso eso nos parece demasiado. Podrían a veces ser máximas mínimas e incluso mínimas, sin más.

Como un vaso de agua aguarda en la mesilla de noche por si fuera preciso reponerse, y no solo es una previsión, sino que forma parte ya de una buena bodega de nuestras provisiones y de un cierto botiquín de urgencias, algunas máximas y mínimas podrían tal vez entregarse en el gesto generoso de leerlas, de hacerse con ellas. Siempre tan medio llenas como medio vacías, requieren para decirse de la necesidad que brota en ocasiones de la curiosidad o del deseo de ser otro, tan propicios para que surtan efectos inesperados. Hay siempre algo azaroso en el acaso. Su materialidad y discontinuidad es la de los enunciados.

No hay por tanto manual de instrucciones para leerlas o para que produzcan sus efectos, como asimismo no se trata de un libreto de consejos. Si son

en su momento indicaciones, ni son conminatorias ni certifican por dónde hemos de encaminarnos. Cada quien las reescribe a través de los mejores redactores que son siempre el tiempo y la memoria, la lectura de su singular pensamiento. Y en efecto, sus reglas de juego son las de la escritura. Las máximas y mínimas, como huellas y vestigios de lo que aún está por venir, apuntan por dónde buscar, pero ni siquiera siempre qué. Sugieren y hacen señas, incluso a quien las entrega. Podrían despertar de la indolencia de lo ya dado por supuesto y por sabido.

No siempre las cosas son fáciles y demandamos unas palabras, y no solo para que nos las digan, sino para decírnoslas, para compartirlas, como modo de ser nosotros mismos. Y tal vez algún aliento o alguna sorpresa que nos abra otras posibilidades. Y nos desplace y nos disloque. A veces precisamos un sorbo, un respiro, algo que restablezca el vínculo entre el hacer y el pensar, lo que en rigor únicamente ocurre en el decir, incluso en el que somos capaces de callar, que es otra forma de hacerlo.

Las máximas y mínimas que se encuentran en este libro tienen la supuesta incomodidad de lo que no se deja clasificar, ni ordenar, ni jerarquizar pero, a su

modo, se necesitan unas a otras. Vuelven una y otra vez al mismo desafío, al de instarnos a ser activos y libres, sin resignaciones ni conformismos. Nos enseñan a mirar como el lenguaje acostumbra a hacerlo y, muy en especial, se ofrecen para que cada quien se vea sorprendido por lo que ellas hacen con nosotros. No dan la lección. Es cuestión de correr su suerte, pero para eso es preciso intervenir. Nadie está al margen de lo que pudiera suceder. Menos aún quien al escribirlas se las encontró, aunque a su modo ya vinieran diciéndose en el rumor de sus propias palabras.

No es la tipografía la que clasifica en máximas y mínimas, ni la que las distingue, es el alcance de lo que convocan, de lo que son capaces de acompañar lo que nos provoquemos. Tratan de ir al lado, de estar cerca, para lo imprevisto, para lo impredecible, para esos momentos en los que demorarse no significa necesariamente un texto de gran extensión, sino una intensidad, la del relámpago, la de la incisión, la del afecto.

No son imprescindibles. Sería ridículo suponerlo. Se encuentran ofrecidas por si acaso. Por si acaso no todo pasa como deseamos. Por si acaso nosotros mismos tampoco somos como pretendemos. Por si aca-

so, en el instante en el que la sed, o el frío, o el desamparo, o tal vez la alegría y la serenidad nos asaltan, incluso sin necesidades nuevas, con deseo y con placer, tendamos la mano y abramos y busquemos algo, siquiera mínimo, que nos haga decir y decirnos, para afrontar o para saborear lo que nos ocurre.

Incipientes como el balbuceo de las palabras, poco a poco se abren paso, buscando ser siempre también un decir de la palabra sobre sí misma. Y con ello, ofrecidas en la búsqueda de lo ajustado, de lo justo. En tal caso nos encontraríamos en el espacio de la transformación de lo que no es adecuado.

Si nos falta la palabra, no nos encontramos.

\*

Cuando extiendo mis brazos hacia alguien, la palabra se predispone.

\*

He revuelto por todos los rincones de casa en busca de una palabra tuya.

\*



No todas las indicaciones aconsejan.

\*

La sed de palabra se nota en el carraspeo del espíritu.

\*

No me alivió el dolor pero lo puso en su sitio.

\*

Esto tan mínimo es lo más que te puedo decir.

\*

Se abrió de repente la ventana y cayeron palabras extraviadas.

\*

Al leer tus palabras he sabido que en cierto modo me llaman a escribir.

\*

Aguardo unas palabras para esta permanente espera.

\*

No pocas veces estamos a falta de una palabra próxima, como mano amiga.

\*

Siempre que decimos, buscamos ser capaces de escuchar lo que se entrega.

\*

No todo lo que ocurre se deja resumir.

\*

Ser bueno parece dar más vergüenza que no serlo.

\*

Una máxima exige intensidad; una mínima, curiosidad.

\*

El pensamiento precisa siquiera mojar los labios.

\*

Algunos dolores de palabra preludian un alumbramiento.

\*

También es un insomnio erótico no dormir por una palabra que nos falta.

\*

Cada palabra tiene su dosis para ser remedio o veneno.

\*

Me gusta esa palabra que no acabas de decirme.

\*

Cada quien es una palabra por venir.

\*

No solo construyen las palabras edificantes.

\*

La palabra que sabe de nuestro vivir es máxima.

\*

La palabra que apenas se deja decir es mínima.

\*

Voluntad de saber y voluntad de decir, eso es vivir.

\*

La verdadera sed nunca se sacia.